

QUADRADO Y SUS OBRAS.



## QUADRADO Y SUS OBRAS.

---

**S**I la nombradía universal fuera, como debía ser, compañera inseparable del mérito eminente y positivo, rarísimos nombres, entre los de nuestros contemporáneos, sonarían tan alto como el de D. JOSÉ MARÍA QUADRADO, cuya vida literaria de más de medio siglo puede presentarse como dechado de alta cultura y de vigoroso esfuerzo intelectual aplicado con igual fortuna á las materias y á los géneros más diversos. Ser á un tiempo pensador genial, controversista político, apologista religioso, historiador de alto vuelo, arqueólogo y crítico de arte, poeta y escritor elegantísimo en prosa, es triunfo concedido á muy pocos; y sin embargo, el nombre de QUADRADO, aunque se pronuncie con veneración

por los pocos fieles que entre nosotros conserva la buena y sólida literatura, dista mucho de ser un nombre popular. El caso no es único, pero rara vez se ha presentado con circunstancias tan agravantes. Á otros puede dañarles el haber escrito poco, el haberse aislado, por sistema, del vulgo de los lectores, el haber cultivado raros conocimientos ó ejercitándose en recónditas investigaciones que á pocos importan, el haberse desentendido del movimiento de su época y haber remado contra la corriente, ó bien el haber carecido de aquellas condiciones de exposición y estilo, sin las cuales el pensamiento más profundo, la verdad más importante, difícilmente llegan á abrir surco en los entendimientos. Pero QUADRADO ha escrito muchísimo, y en obras y publicaciones de interés capital, que han tenido extraordinaria difusión; ha dicho su parecer sobre todas las cuestiones de su tiempo; ha sido por largo espacio de su vida periodista militante; los estudios que ha cultivado, ya de historia, ya de arte, ya de ciencia social, son por su índole los más amenos y los que pueden interesar á mayor número de lectores; su pensamiento político fué, y es todavía, el de una parte muy numerosa y muy sana del pueblo español; en

crítica estética fué un iniciador; sus libros descriptivos y arqueológicos han educado á dos generaciones, y parecen hoy tan ricos de lozanía y juventud como el primer día; casi todos nuestros arqueólogos son en mayor ó menor grado, confesándolo ó no, discípulos suyos por lo tocante á la Edad Media, cuyo estudio él fué de los primeros en renovar con aquella intuición de artista que tuvieron los grandes historiadores románticos; y finalmente, lejos de faltarle dotes de escritor, su prosa viril, nerviosa, sobria, llena de vida palpitante y densa, es de las que con más seguridad pueden presentarse como modelo, con no ser el castellano la lengua nativa del autor. Infunde respeto esa labor inmensa, continuada sin el menor desfallecimiento desde la primera juventud hasta la vejez, con inquebrantable firmeza en los propósitos y serena mansedumbre en el estilo. La literatura de QUADRADO es fiel reflejo de la rara excelencia de su alma, fecunda en buenas acciones y loables pensamientos. *Vir optimus* le llamó Hübner, y óptimo es en verdad como ciudadano, como amigo, como cristiano, además de serlo como escritor. Mucho se parecía á él mi difunto maestro D. Manuel Milá y Fontanals, y tengo para mí que Alejandro

Manzoni debía de parecerse no poco en su vida y costumbres y en el temple de su alma, al uno y al otro.

La historia literaria del siglo XIX en España está mal sabida y mal entendida por casi todos, y además llena de injusticias y de olvidos que es preciso reparar. No parece sino que la cercanía de los objetos engaña los ojos y extravía el juicio de los contemporáneos. Vivimos sin conocernos unos á otros, por lo mismo que nada creemos conocer mejor. Una sarta de nombres, invariablemente los mismos, han adquirido, no se sabe por qué, el valor de tipos representativos de la cultura española moderna, y fuera de ese catálogo ó *canon* (que no es el de Alejandría), no hay redención para nadie, aunque sea un literato tan consumado y cabal como QUADRADO. Nunca habrá más poetas que A. B. y C., más pensadores que F. y H., más historiadores y eruditos que G. y R., más novelistas que Z. y X. Los demás, á lo sumo serán aficionados de provincias que tienen el mal gusto de emborronar papel, en vez de postrarse en supersticiosa adoración ante ciertas celebridades aparatosas y rimbombantes, que llenan con sus nombres las columnas de la prensa periódica.

Pero consuélase el SR. QUADRADO (si á un espíritu tan elevado como el suyo pueden importarle tales cosas) con la consideración de que, si no es de los escritores más citados, es en cambio de los más saqueados, lo cual prueba que no ha sido de los menos leídos. Sería curioso hacer el catálogo de las historias de provincias y ciudades, de los artículos y monografías arqueológicas que se han compaginado á expensas de QUADRADO. Pero aun en esto le ha perseguido la mala fortuna. Unos no le citan, y otros suelen hacerlo de esta peregrina manera: «como dice *Parcerisa*», «según la respetable opinión de *Parcerisa*». *Parcerisa* fué un excelente dibujante, que *no dijo nada* en letras de molde: suya fué la idea de los *Recuerdos y Bellezas de España*, y suya la brillante ejecución artística; pero en la parte literaria no tuvo ni pudo tener parte alguna.

¡Y he aquí cómo QUADRADO, después de haber hecho la historia y la descripción arqueológica de media España; después de haber escrito en *Forenses y Ciudadanos* uno de los más notables estudios de historia social que tenemos; después de haber continuado el *Discurso* de Bossuet sobre la *Historia Universal*, y haber refundido á Shakespeare; después de

haber combatido al lado de Balmes en las grandes batallas políticas de 1843 á 1848; después de haber redactado él solo periódicos y revistas con cuyos artículos puede formarse un cuerpo de doctrina sólida y perenne, se encuentra, al fin de vida tan aprovechada y fecunda, con que se le escatima su personalidad, como si fuese sombra ó fantasma, y se le confunde con el dibujante que hizo las ilustraciones de sus libros! No conozco caso igual en la historia literaria. Afortunadamente la historia es gran justiciera, y tarde ó temprano da á cada cual lo que merece. Para facilitar en algo su tarea, se escriben estos breves apuntes al frente de la edición de las obras del SR. QUADRADO.

Conviene advertir, ante todo, que esta edición dista mucho de ser completa. No tienen cabida en ella los escritos históricos y arqueológicos, que por sí solos ocuparían gran número de volúmenes, y que en parte acaban de ser reimpresos por una casa editorial de Barcelona. La colección se reduce á los opúsculos, ya religiosos, ya políticos, ya literarios, que esparcidos en varias publicaciones, difícilísimas de hallar, ó inéditos hasta el presente, vienen ahora á formar por primera vez una serie ordenada.

Pero antes de razonar más especialmente sobre ellos, conviene decir algo acerca de las obras que aquí no se reimprimen, y que tanta parte tienen en la gloria de QUADRADO.

El nombre de éste es inseparable de la magna empresa de los *Recuerdos y Bellezas de España*. No la inició él, sino Parcerisa con Piferrer, de quien fué, no obstante, único verdadero colaborador, en cuanto convivieron y trabajaron juntos en su respectiva tarea, desde 1844, en que principió QUADRADO su tomo de Aragón, hasta 1848, en que aparecieron los primeros cuadernos del de Castilla la Nueva, mientras atendía Piferrer á su segundo tomo de Cataluña. Fallecido el fundador, entraron, á fuer de continuadores, Pí Margall inmediatamente para terminar de cualquier modo el incompleto volumen, y en 1852, por retirada del anterior, Madrazo (D. Pedro), escribiendo aquél un tomo de Andalucía, y éste dos; pero de QUADRADO es la mayor y en concepto de muchos la mejor parte de la obra. Hasta diez y siete provincias fueron exploradas y descritas por él; el principado de Asturias, el reino de León, la mayor parte de Castilla la Vieja, toda Castilla la Nueva, y el reino de Aragón. También le pertenecen las dos terceras partes por

lo menos del magnífico y enorme volumen dedicado en la segunda edición á las Islas Baleares, puesto que el primitivo texto de Píerrer aparece como anegado en el inmenso piélagos de sabiduría histórica con que su continuador le enriquece y realza.

Los *Recuerdos y Bellezas de España* son como el centro de nuestra arqueología romántica, á la cual pertenecen también los trabajos de Caveda, Carderera, Assas y Amador de los Ríos, posteriores casi todos al primer volumen de Píerrer sobre Cataluña, publicado en 1839. Cuando Píerrer comenzó á escribir de arquitectura, apenas tenía delante de sí más que algunas páginas elocuentes de Jovellanos en sus memorias sobre Mallorca, y las observaciones de Capmany acerca del arte gótico. Por un triunfo memorable del instinto crítico y de la espontánea admiración contra la doctrina oficial y académica, habían llegado ambos insignes escritores, en medio de la pesada atmósfera del siglo XVIII, á adivinar y á presentir algo de la estética futura, dando muestras de sentir profundamente aquellas bellezas que el rígido preceptismo de su tiempo les vedaba admirar de un modo franco y resuelto. Pero la regeneración del sentido artístico no podía venir de los

eruditos ni de los arqueólogos, sino de los artistas mismos, y especialmente de los poetas, cuya obra, por más universal y accesible á todos, trasciende en sus resultados á las demás artes y suele precederlas en sus evoluciones críticas. Antes que la arqueología de la Edad Media se constituyese como ciencia y pudiese alternar sin desdoro con la arqueología clásica, única hasta entonces conocida y cultivada, vivió como obra de arte, como presentimiento y adivinación poética; y antes que los arquitectos y los pintores se internasen en la nueva senda, dando de mano á las rutinas de una técnica degenerada, ya la buena nueva había llegado á todas las almas capaces de sentir y entender lo bello, en las novelas de Walter-Scott, en algunos escritos de Chateaubriand, y especialmente en aquel célebre capítulo de *Nuestra Señora de París*, con el cual Víctor Hugo hizo brotar del suelo de toda Europa una legión de arqueólogos y de enamorados del arte gótico. Aquellas páginas apocalípticas, en que alternan los relámpagos de genio con las sombras y extravagancias de un talento enfático y viciado por el hábito de la antítesis, obraron con la eficacia de un talismán sobre todas las imaginaciones, y nunca sin la existen-

cia de tal libro hubiera sido posible la propaganda científica y doctrinal de un Caumont ó de un Viollet-le-Duc.

Entusiasmado Parcerisa, según él propio declara, con la descripción de los monumentos de Granada que leyó en *El Último Abencerraje*; y fascinado luego por el intenso calor y prestigio que brotaba de las páginas de *Nuestra Señora*, concibió el grande y audaz pensamiento de aunar las artes del dibujo con el arte literaria, para lograr de este modo una completa y adecuada descripción artística de España, en el modo y forma en que habían hecho las suyas los grandes ingenios románticos, es decir, en la forma que menos se pareciese al árido estilo de inventario que tienen los Viajes de Ponz y de Bosarte, únicos libros donde hasta entonces podía encontrarse alguna razón ó noticia de nuestra riqueza artística, desfiguradas casi siempre por el mal gusto de una crítica añeja y puramente formal. Pero como Parcerisa era hombre de lápiz y no de pluma, y modestamente reconocía su falta de aptitud para traducir en palabras lo que tan delicadamente comprendía, determinó llamar en su auxilio á un literato de la nueva escuela, que empapado en la doctrina del romanticismo his-

tórico y en la lectura de Walter-Scott, el poeta arqueólogo por excelencia, pudiera realizar cumplidamente lo que él presentía. Acudió, pues, á D. Manuel Milá, respetado ya como maestro á pesar de su juventud extremada; pero Milá, distraído en otras tareas, no pudo encargarse de la empresa, y designó á su íntimo amigo D. Pablo Piferrer, identificado con él en todos sus pensamientos y aspiraciones críticas. La elección fué tan acertada como podía esperarse de quien la hizo, puesto que intuición artística como la de Piferrer difícilmente podía encontrarse en España. Por raro caso se juntaban en él dotes exquisitas de poeta en verso y en prosa, y entendimiento capaz de percibir y apreciar por igual todas las manifestaciones de lo bello, lo mismo en las notas musicales que en la *euritmia* de las piedras. El haber hecho él propio su educación artística, explica y disculpa cualquier defecto técnico, á la vez que aumenta nuestra admiración respecto de aquella manera de ingenio suya penetrante y adivinatoria con que se apodera del sentido general del monumento y establece su concordancia con la historia y con el paisaje. La vocación de historiador fué en él no menos poderosa que la de entusiasta crítico de arte. Antes de conocer

apenas á Barante ni aun á Thierry ni á otro alguno de los maestros de la historia pintoresca, rivalizó con ellos en las páginas bellísimas, aunque no muy numerosas, que narran la conquista de Mallorca, ó reducen á compendio la embrollada historia de la casa condal de Barcelona, sacándola de la aridez genealógica y diplomática en que el benemérito D. Próspero Bofarull la había dejado.

Una muerte prematura, y que debe ser eternamente deplorada, impidió á Piferrer dar otras muestras de su admirable talento descriptivo que los dos tomos de Cataluña (incompleto el segundo) y el de Mallorca, que por diversas causas también está lejos de corresponder á lo vasto del argumento. Pero nadie puede negar que él sacó la obra de cimientos, que dió la pauta y modelo para las descripciones, creando, por decirlo así, el nuevo estilo arqueológico; que fué el primer *excursionista* y mostró á los demás el camino; que en un proemio inolvidable fijó con alta elocuencia los principios fundamentales de la nueva estética romántica y espiritualista; y por último, que enseñó con su ejemplo á enlazar el arte con la historia, y á explicar y completar ambas cosas, la una por la otra, con nueva iluminación del

entendimiento y nuevo regalo de la fantasía.

Á la norma trazada por Piferrer procuraron atemperarse todos sus continuadores, aunque naturalmente con méritos y condiciones muy diversas. Aun prescindiendo de los tomos últimamente añadidos (entre los cuales hay alguno excelente y varios menos que medianos), y considerando los *Recuerdos y Bellezas de España* en su primitiva serie, la alabanza tiene que repartirse de un modo muy desigual, si no queremos hacer ofensa á la justicia. El único tomo de Pí Margall (Granada, Málaga, Almería y Jaén), aunque libre por fortuna de las aberraciones seudo-filosóficas que afean su *Historia de la pintura en España* (obra en que es fácil encontrar todas las cosas menos la que en el título se promete), peca no menos gravemente contra las leyes del buen gusto; y su estilo declamatorio y bombástico, tan lejano de la sentenciosa y enérgica concisión con que su autor escribe ahora la prosa política, y tan abundante, por el contrario, en apóstrofes y epifonemas, si recuerda el estilo de Víctor Hugo, es ciertamente por sus peores lados. Hay que advertir, además, que el progreso creciente de la arqueología y de la investigación histórica en lo concerniente á las comar-



cas árabes-andaluzas, ha relegado á segundo término, como anticuados y de poco provecho, éste y otros libros, á cuyos autores faltó el indispensable conocimiento de la lengua del Yemen, que un arabista poeta llamaba

*La llave de oro*

*Que abre las puertas del saber del moro.*

Valen mucho más los tomos dedicados á Sevilla y á Córdoba, aunque quizá algo de esta censura puede alcanzarles, sobre todo al primero, puesto que el segundo contiene positivos é importantes descubrimientos, como el de las ruinas de Medina Azhara. Primicias del juvenil ingenio de D. Pedro de Madrazo, brillantísimo artista con la palabra como otros de su casa con el pincel, deleitan estas páginas la imaginación con la viveza y prestigio de los colores; pero no alcanzan aquel grado de originalidad crítica, de íntimo y personal sentido del arte, de investigación nueva y depurada, que tan gallardamente campean en las posteriores y muy nutridas monografías del mismo autor, y en el trabajo que recientemente ha consagrado á los poco explorados monumentos de Navarra. Es, sin duda, el Sr. Madrazo uno de los hombres á quienes más debe nuestra

educación estética, puesto que no sólo ha ensanchado en gran manera los horizontes de la historia del arte español, sino que, predicando con el ejemplo, ha acertado siempre á hablar bellamente de las cosas bellas. Si su buen gusto clarísimo é indisputable se tacha por algunos de nimiamente refinado y meticuloso, así como su estilo de lamido y peinado en demasía; y si otros le notan de cierta inconstancia en sus predilecciones estéticas, atribuyéndola á falta de una teoría adoptada á tiempo y aplicada con firmeza, tales cargos pierden la mayor parte de su fuerza cuando se repara, en cuanto á lo primero, que el pulcro estilo del Sr. Madrazo es fiel manifestación de su temperamento finamente aristocrático, y agrada por el contraste con la vulgaridad y grosería que con desdichada frecuencia imperan en nuestra crítica; y en cuanto á lo segundo, que más fácilmente se perdona y debe perdonarse á un crítico de artes la ausencia de aquellas vagas y pomposas generalidades de filosofía de lo bello, que, á fuerza de querer explicarlo todo, no enseñan ni explican concretamente nada, que la falta de conocimientos técnicos y de informaciones históricas, ó lo que es todavía más grave, la carencia de aquel instinto que en

ningún manual de estética se aprende, y que guía casi infaliblemente á odiar lo feo y á reconocer y amar la belleza en las rarísimas y fugaces apariciones con que recrea la mente de los humanos.

Tales fueron los colaboradores de QUADRADO en la magna labor cuyo peso llevó él principalmente. La comparación no entraña injusticia, y por otra parte, era imposible eludirla. Prescindiendo de Pí Margall, en cuya vida la crítica arqueológica ha sido un brevísimo episodio sin gran resultado ni trascendencia, bella es la parte de cada cual, aunque su acción se haya desenvuelto en órbita distinta. La gloria de iniciador, digámoslo mejor, de adivinador, permanece intacta para Piferrer: suyo es el plan y la traza de la fábrica, suyos los primeros y robustísimos sillares, suyo el sistema de compenetración entre la arquitectura, la historia y el paisaje, y la red de armónicas relaciones con que todos estos elementos se entrelazan. El suave é insinuante *dilettantismo*, la cortesana gentileza que inició al mundo elegante en los secretos del taller, del estudio ó de la academia, celados hasta entonces como los misterios de Isis por una legión de especialistas pedantescos, es lauro propio y priva-

tivo de Madrazo, que en 1834 comenzó su propaganda en *El Artista*, y hoy la prosigue con los mismos bríos que entonces y con el enorme caudal de doctrina que ha sabido granjearse en una vida literaria de mucho más de medio siglo.

QUADRADO, por su parte, fué entre los colaboradores de los *Recuerdos y Bellezas de España* el que más ampliamente realizó la idea de la obra, no en el puro sentido de fantasía romántica con que había cruzado por la mente de Parcerisa; ni en aquella región intermedia entre la historia y la poesía en que la había mantenido Piferrer; ni en el de álbum ó guía pintoresca á la inglesa á que á veces propendió Madrazo, sino en el triple concepto de topografía, de historia y de arqueología de las regiones descritas, sin sacrificar ninguna de estas consideraciones á las restantes. Y así como fué más amplio su plan, así también fué más desembarazado, más sereno é imparcial su criterio. Lo cual se manifiesta, no sólo en la atención concedida á monumentos que yacían en la obscuridad y habían sido injustamente desdénados por la fama, al paso que los otros autores suelen atender más bien á las fábricas ya insignes y de universal celebridad, sino que le

libra de ciertos exclusivismos que es indudable que Piferrer tuvo, aunque en él resultasen simpáticos por lo espontáneo y sincero de sus admiraciones no menos que de sus desdenes. Así como en literatura Walter-Scott y Schiller, y en música Bellini, dominaban casi sin rivales en su espíritu, así en arquitectura, después de haber pasado, como todos los románticos, por el culto de la ojiva, había acabado por prendarse del arte romántico-bizantino, tal como en las construcciones del Norte de Cataluña aparece.

QUADRADO, como todo hombre que siente profundamente el arte, ha tenido también, y no podía menos, sus particulares devociones, pero nunca ha permitido que este elemento personal se sobrepusiera en sus juicios á la estimación recta y desinteresada de cada obra dentro de su género y estilo. Y así ha descrito con igual felicidad las iglesias de la reconquista asturiana y los monasterios del Pirineo aragonés, las parroquias segovianas y avilesas y los primores de la incomparable Lonja de Palma, bellísimo tipo de las construcciones civiles de la última Edad Media. No sólo lo gótico en todos sus desarrollos y evoluciones, y lo románico y bizantino, y lo llamado *mudéjar* con

razón ó sin ella, obtienen del crítico el altísimo precio á que son acreedores, sino que jamás se encuentran en él aquellas acerbas é intolerantes censuras que el fanatismo de escuela puso en los labios de muchos románticos al tratar de toda arquitectura posterior al Renacimiento. Justa fué en su principio la reacción del espíritu poético contra aquella disciplina árida y estéril que veía en la seca y maciza regularidad de la mole escurialense el mayor triunfo del ingenio humano; pero rara vez las reacciones se contienen en justos límites, y no hay duda en que ésta rebasó toda medida, agotando el vocabulario de las injurias, no ya contra la degeneración barroca ni contra la severa, tétrica y desornada arquitectura herriana, sino contra el arte gentilísimo de los Paladios y Bramantes. QUADRADO se guardó mucho de caer en tales extremos, y aunque nadie ha podido tenerle nunca por sospechoso de adhesión muy ferviente á los cánones de Vitrubio, no negó su estimación y sus aplausos, cuando hubo de encontrarlas en su camino, á algunas obras insignes de la arquitectura greco-romana restaurada, y aun á algunos ingeniosos productos del barroquismo nacional ó del italiano.